

**OSVALDO
BAIGORRIA**



**LLÉVATELA,
AMIGO, POR
EL BIEN DE
LOS TRES**



CAJA
NEGRA

**LLÉVATELA,
AMIGO, POR
EL BIEN DE
LOS TRES**

Baigorria, Osvaldo
Llévatela, amigo, por el bien de los tres
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2015
144 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1622-42-9

1. Literatura Argentina. I. Título
CDD A860

La primera edición de este libro fue publicada en 1989
por Grupo Editor Latinoamericano, en la colección Escritura de Hoy.
Su título fue tomado de la canción “Llévatela”, interpretada por Tito Rodríguez.

© Osvaldo Baigorria, 1989, 2015
© Caja Negra Editora, 2015

Caja Negra Editora
Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel A. Fanego

Diseño: Juan Marcos Ventura

Producción: Malena Rey

Corrección: Paola Calabretta

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

**OSVALDO
BAIGORRIA**

**LLÉVATELA,
AMIGO, POR
EL BIEN DE
LOS TRES**

CAJA ⁰¹
NEGRA
NUMANCIA

A los amantes del bolero

CERO

HABLA EL ANFITRIÓN

Para mantenerse caliente por dentro, al iglú le hacen falta huéspedes. ¿Por qué iglú? No encuentro otro nombre para esta bola aislada del exterior, la morada solitaria sobre las estepas que contiene al hogar, ese pequeño fuego. Para que genere altas temperaturas, el fuego precisa por lo menos tres órganos: la pija de él, la concha de ella, mis ojos. Luego, por supuesto, otras conchas, pijas, ojos, pezones, nalgas, lenguas, orejas, axilas y lo que se nos ocurra; el calor aumenta en forma proporcional al incremento del tránsito de órganos. Pero, al menos, tener aquella configuración básica. Está de más decirlo, el lugar debe ser lo suficientemente amplio. Lo fundamental: evitar quedarse solo. O solo de a dos, que, según algunos, es la peor manera de estar solo.

9

Otros se las arreglan de modos diferentes. Me gusta observarlos, a ver qué puedo aprender de ellos. Por ejemplo, estos que vienen al Parque Centenario a sacarse fotos los sábados a la noche, luego de un rito al que algunos suelen llamar himeneo. Las mujeres parecen frágiles y al mismo tiempo espléndidas, con flores en manos y cabellos, con vestidos de

largas colas nevadas que alguien siempre debe levantar para que no se arrastren; los hombres parecen macizos, graves, con sus trajes de colores sobrios. Son rodeados por familiares, por fotógrafos. Se toman de las manos, posan con delicadeza sus labios entre sí, y entonces el relampaguear de los flashes se entrecruza con el viento en las copas de los árboles, heraldos de tormenta. El parque está plagado de ellos. Me pregunto si todos estos rituales les serán útiles para mantener el fuego. Los miro con ojos de turista, con un poco de asombro y otro poco de tolerancia, sin crítica, pese a que en realidad soy un turista a medias, yo también nací de una pareja que se casó de esta manera, que blanqueó su relación antes de concebirme. De modo que tengo bastante en común con todos ellos. También con otras parejas, las que se sientan en los bancos del parque, con ropas menos vistosas, a besarse y toquetearse con algo más de pasión, aunque no tanta, porque las reglas de esta cultura así lo exigen. Y aun con las otras, ocultas de la mirada ajena en el interior de los autos estacionados en los alrededores, que pueden permitirse mayores calentamientos, aunque vaya a saber cuántos se permiten. A mí, que hace poco me quedé sin combustible y conozco bien de cerca el frío, me parece que todas estas parejas tienen algo en común. Todas –las que se casan en blanco o en negro, las legales o clandestinas, las modernas o pacatas, las abiertas o cerradas– tendrán que lidiar, tarde o temprano, con el mismo problema: cómo mantener ese pequeño fuego para que la temperatura del hogar no baje.

Quando regresé a estas tierras –o regresamos–, unas cuarenta personas, entre familiares y amigos, me –nos– estaban esperando en el aeropuerto. Oscilo. ¿Nosotros o yo? Quiero elegir una persona por necesidad, por imperativo, por ganas irresistibles de una determinada singularidad. No voy a recordar los golpes de corazón que sentí –o sentimos– cuando el avión descendió sobre la planicie húmeda que rodea a Ezeiza. Ni el apretón de manos que me dio –o nos dimos con– Lila, sus dedos transpirados, en el instante de cruzar la línea de inmigración.

Sí recordaré los tres niños que pasaron esquivando los controles para acercarse a nosotros gritando:

—¡Tío, tía!

Nos llamaron por un título, una función, un cargo a ocupar dentro de cierta red. No los conocíamos. Contándolos juntos, los tres no sumarían quince años. Habían nacido después de nuestra partida. Pero sabían de nosotros a la distancia, así como nosotros de ellos. Más allá estaba el resto de la familia. Las hermanas de Lila, sus maridos —mis cuñados. Sus padres —mis suegros. Otros tíos, sobrinos, concuñados. Sus amigos —mis amigos. También papá, mamá, algunos de mis tíos y primos. Pero la mayoría de los labios que me besaban, de las manos que me tocaban, de los cuerpos que me abrazaban, originalmente pertenecían a Lila. Ya no importaba. Todo era de todos: lo tuyo, mío; sin diferenciación, sin límites. Para nadie contaba Eduardo, ni Lila, como seres separados. Viajamos, vivimos, trabajamos, ahorramos. Regresamos. Porque nos fuimos.

¿Y yo? Estaba feliz. Pero también ajeno. Un poco porque el lenguaje local me resultaba extraño; mi discurso estaba plagado de otros giros. Mucho más porque hasta ese momento nunca había advertido el lugar que me daban los demás en relación a Lila. Era tío, es decir, cuñado de una hermana de mi pareja. Un lugar de pertenencia. Patria, patria, sitio de familiaridades. Antes no se me ocurría pensar en estos términos. Durante los primeros años, antes de irnos, no solía tratar mucho con la familia de ella. Resistí mi conversión en yerno, rehusé asistir a muchas reuniones familiares, evité la relación mediante un complicado sistema de obligaciones y retribuciones. Las hermanas aún estaban solteras, y Lila también prefería considerarse como tal. Yo la alentaba. Éramos raros. Ella tuvo otras relaciones paralelas a la nuestra. Yo también. No nos casamos. No tuvimos hijos —por elección. Viajamos. Vivimos en otros países. Volvimos.

El regreso me enfrentó con una imagen nueva, espejada en su familia. Todo se lo debía a Lila. Sin ella, mi vida hubiese sido pura extraterritorialidad, pura extraconyugalidad. En realidad, ¿cómo puedo saber qué hubiese sido, o qué soy, si no me concibo separado de Lila?

Debo hacer un gran esfuerzo para aislar los elementos que componen mi propio campo de fuerzas, trazar con violencia una línea de alambres erizados para delinear una tierra de mi exclusiva propiedad. Y pese a ello, todo me parece en vano. Tal vez porque la exclusividad, la individualidad misma, son solo ilusiones. Sumergido de golpe en aquella masa indiferenciada de brazos, ojos, piernas, labios, en esa orgía afectiva que me daba la bienvenida, me abrazaba, me saludaba a los gritos y profería todo tipo de preguntas incomprensibles, no podía imaginar qué individualidad de Eduardo, o de Lila, sería más importante que el organismo único que había viajado al exterior, y vuelto, y ahora era recibido por todos como un solo cuerpo: nuestra pareja.

12

Muchas veces hablé así, de nuestra pareja, como si fuera un tercero. Me atengo a la definición de diccionario. Pareja: dicese de dos seres o elementos semejantes o que van juntos a todas partes. A todas. Eso implica —llevando la definición a un extremo— que estaré presente aun cuando ella tenga una relación con otro, y más aún si tiene una relación con otro. Quiero estar allí, en el medio de los dos, o lo más cerca posible del sitio donde se unen, observando, controlando, juzgando, por causa de algún secreto placer negado, o por alguna obsesión de dominio, o por un simple y llano miedo de quedar afuera. En el frío. En la estepa.

Volvimos poco antes de cumplir veinte años de habernos conocido. En esas dos décadas otras parejas se habían formado, deformado, des-formado. Por todas partes, separaciones, divorcios, abandonos, riñas, reproches. La nuestra —pareja— había pasado por pruebas muy difíciles. Años duros, sin trabajo, mudándonos de una casa a otra, emigrando de fábricas a oficinas, de artesanos a lavacopas, de babysitters a cosechadores de manzanas, de país en país, en ruta por tierra y mar hasta el hemisferio norte, a dedo, tren u ómnibus, vendiendo bijouterie en cualquier

plaza de cualquier ciudad, esquivando policías y ladrones, sembrando árboles en una comunidad rural de los bosques nórdicos, probando diferentes oficios, drogas, idiomas, amigos, amantes, y compartir todo eso, y seguir juntos.

En fin, la hicimos. Regresamos como triunfadores. Además, con dólares suficientes para comprarnos un departamento. Aquí cerca, en la zona de Parque Centenario, más o menos el centro geográfico de la ciudad. Digo aquí porque de a ratos me ubico en el lugar desde el que escribo, o más bien desde el que me inspiro. Antes de exhalar, inspiro. Cada tanto debo volver a este sitio. Aunque sea turista, aquí me siento más yo que en ningún otro. Ha cambiado mucho, sin duda (ya me voy de nuevo del único lugar en el que estoy, en el que soy). Antes no estaban todas estas luces, las fuentes, el lago artificial, la extraña estatua de donde emergen unas mujeres, unos bueyes y un pastor, que los chicos del parque han enchastrado con aerosol, dibujando corpiños sobre los bustos y bombachas sobre las pelvis y alguna que otra inscripción tipo “somos ladillas en la concha de Dios”. Supongo que quieren mejorar la escultura.

13

Nada de esto existía antes. El parque era un baldío salvaje. Las parejas venían a coger entre los matorrales, no hacían falta autos, no había novias de blanco. Cada domingo se juntaban por aquí los rockeros de entonces, a guitarrear, cantar o escuchar los versos de algún poeta intoxicado o los sermones de los místicos o las consignas de los bolcheviques psicodélicos que intentaban formar grupos de estudio, o imprimir boletines a mimeógrafo, o pintar en las paredes vecinas cosas como: “todo espacio es tu cuerpo/ vivan los combatientes/ muera la muerte/ hoy una pared, mañana el mundo”.

Inocencias de época. Me estoy poniendo melancólico. ¿Habrá sido alrededor de algunos de estos senderos hoy pavimentados donde soñé en voz alta con formar una comunidad donde no existiera la posesividad? La mayoría de aquellos utópicos domingueros aprobaba la idea. Solo la idea. Alguien dijo que cuando a Gandhi le preguntaron qué opinaba sobre la civilización occidental, el viejo respondió: Sería una buena idea. La no-posesividad también. No sé si era posible, pero sonaba

—y suena— lindo. Las ideas pasan, los sueños merecen un rescate. Fue por aquí, por donde hoy está el laguito artificial, o la fuente de colores, o la estatua.

Lila también aprobaba la idea. Llegamos a estar de acuerdo en todo. De lo contrario, había que hablarlo. ¿Ella quería salir con otro tipo? De acuerdo. ¿Yo con otra mina? De... Ella podía no estar de acuerdo. Pero lo hablábamos. Hasta llegar al acuerdo. O sea, nos dimos la suficiente libertad para curtir con otros y continuar juntos. ¿Nos dimos? ¿O le di? ¿Cuánta libertad me dio Lila? ¿Qué entendía ella por libertad?

14

Recuerdo que mi actitud fue siempre más lanzada hacia afuera que la de ella. No solo desde el principio fantaseé con otras mujeres; además, me gustaba saber que Lila era deseada por otros hombres. El goce de saber que aquella a quien deseo también es deseada por otros. El goce de saber. Y también el de exhibirla. Me sentía orgulloso de sus piernas bronceadas, descubiertas por la minifalda cuando nos sentábamos en algún café de Corrientes. Me envanecían los elogios que recibían sus caderas. Al inicio de una relación, cuando uno recién conoce a alguien, los amigos suelen tener la cortesía de señalar si les gusta, reforzando la elección que uno ha hecho con comentarios tipo “che, es muy rica esa mina que conociste el sábado”, o “tiene buenas gomas”, o “qué culo”. ¿Por qué, cuando pasa el tiempo, la mayoría reprime estos cumplidos y los guarda en alguna región secreta de sus pensamientos? A mí me hubiera encantado que todos mis amigos continuaran expresando abiertamente sus deseos por Lila. Más: algunas veces fantaseaba con llamar a un amigo y preguntarle: “¿Te gusta Lila? ¿Quieres coger con ella? Pues, adelante”. Eran las fantasías del esquimal. ¿La deseás? Te la doy por una noche. Después la tendré de vuelta, por supuesto. Lo doy por supuesto.

Escribir sobre esto ya me produce una erección. En las imágenes que utilizaba para masturbarme, solía aparecer una fila de hombres que se cogían a Lila tomándola por detrás, mientras ella me chupaba la

pija. Pienso que la masturbación, cuando uno está en pareja, es más interesante que cuando se está a solas, porque transporta el goce a lugares no comunes, a intensidades poco explotadas. ¿Será por eso también que me divierte contarlo? Mis pajas: Lila en cuatro patas, con la boca abierta, semen chorreando por la comisura de sus labios, penetrada por uno, otro y otro más. A partir del sida ya no pude siquiera animarme a fantasear sin tomar ciertos recaudos. El “safe sex” contaminó hasta mi imaginación. ¿Debía acaso proveer de preservativos a esos amantes fantásticos? ¿Hacerles un examen para prevenir mi película interior de posibles lastimaduras en sus genitales? Pornografía bajo control médico, con un stock de imágenes en venta bajo receta. Antes no existían estos dilemas.

Lo mismo sentí con las otras mujeres –y particularmente con *una*– que amé aun cuando estaba en pareja con Lila. Puedo hacerles formar fila en mi mente, arrodilladas, una junto a otra, esperando a que pase un ejército de pijas frente a sus bocas y otro por detrás, para penetrarlas por turno. Cada vez que alguien acaba, los rostros y las entrepiernas quedan bañados en semen, de modo que corro a limpiarlas, una por una, con un jarro de agua tibia, jabón, toalla, talco, un poco de crema, perfume, en fin, todo lo necesario para dejarlas como nuevas. Ahora, ¿debo protegerlas dentro de mi propia fantasía, y obligar a los tipos a usar condón? Mi trabajo de limpieza se haría innecesario, y la paja ya no sería tan voluptuosa.

15

Me descubro aún pegoteado a mi pasado. Quiero galopar como un guerrero raudo y liviano sobre las dunas, y sin embargo muchas veces me hundo pesadamente en la arena, como un patriarca viejo y barrigón cuyos camellos van lentos y agobiados por la carga. Son los momentos en los que me detengo a preguntar: ¿Por qué las cosas fueron de esta manera y no de otra? ¿Qué hubiera debido hacer para mantener mis posesiones? ¿Qué significa eso de tener mujeres para ofrecer a terceros? ¿Qué significa tener? ¿Qué significa tercero? Tal vez quería conectarme con ellos a través de ellas, como si estas fueran vehículos que

me llevarían a un afuera infinito –aquí, “infinito” sería el número de hombres que transitarían por el iglú. Tal vez todo era un problema de poder, un anhelo de control que en la pareja no tenía. Los esquimales solían decir: “Los regalos hacen tantos esclavos como los latigazos hacen perros”. Tal vez todo sea un pretexto para la formulación de un deseo. Un deseo de más. De más que la pareja.

Para explicármelo, escribo. Del nosotros al yo; regresamos, pero escribo. Todos los que regresaron saben que no hay vuelta, solo idas. Pero no quiero hablar de ningún desexilio, al menos no en términos de nación. Hay mucho destierro de sitios más profundos, emigraciones forzadas del afecto, evacuaciones, limpiezas a fondo, casa por casa, de pueblos abandonados. Es cierto que muchas de estas cosas empezaron a ocurrir en otras latitudes. Pero vivir en un país del Norte no es garantía para que alguien se vuelva un esquimal, o un swinger, o un liberal, o un nacionalista, o lo que fuere, respecto de su pareja. En este sentido, yo era un extranjero antes de irme de aquí. Quiero decir yo porque es necesario, porque lo singular violenta todos los territorios, porque soy un paria, un no-humano, un extraterrestre cada vez que decido explorar el goce que siento cuando mi pareja entra en contacto sexual con otros.

16

Lo “mío” emergió de ese punto del parque donde alguna vez soñé con la no-posesividad, y llegó hasta este departamento de ambiente único en un noveno piso, el viento silbando por la rendija de la ventana, la radio en FM con música pop en inglés, y el tableteo de la Smith-Corona haciendo máquina con mi flujo de palabras. La ciudad, lo sabemos, equivale a desierto. Sus vientos borran y cambian todas las configuraciones, mapas, topografías, incluso las que parecían más estables. Sin embargo, aún no he sido arrastrado lo bastante lejos por el soplido. Todavía me esfuerzo por mantener mis pies en el pasado, aunque las hojas se me escapan de las manos, las palabras se pierden sin sentido y no logro retener nada a mi alrededor. No he sido un verdadero nómada sino hasta el instante en que empiezo a escribir este texto. Viajé mucho, pero en realidad viajamos. Siempre pernocté en un cobijo que se mantuvo calentito gracias a los

cuerpos que se hospedaban transitoriamente en él, pese a que afuera soplaban los vientos más fríos de la estepa. He deambulado de un lugar a otro, pero conservando el anclaje que me permitía moverme en todas las direcciones: mi pareja.

Tuve que regresar a este punto de partida, a esta tierra de la que siempre se parte, a este lugar de producción de sueños que me lanzan hacia afuera, para poder comprenderme un poco más. Tuve que salir para verme desde mi propio centro vacío, un sitio de privilegio, un no-sitio. Esta es la historia de un gradual despoblamiento, de una desertificación, de un regreso que se convierte en deserción.

ÍNDICE

- 9 **CERO**
Habla el anfitrión
- 19 **UNO**
Imborrables momentos que siempre guarda el corazón
- 31 **DOS**
The Oaxaca Affair
- 49 **TRES**
El de ella
- 63 **CUATRO**
La de él
- 73 **CINCO**
I Love You Only in my Dreams
- 83 **SEIS**
Parte de guerra
- 95 **SIETE**
Libertad es un nombre inapropiado

107	OCHO La mano de los expertos
115	NUEVE Entre esquimales y beduinos
129	EPÍLOGO
135	POSDATA